

El Teléfono



Año VI—Núm. 1,064

PUBLICACIÓN INDEPENDIENTE

Administrador: JOSÉ R. GOROSTIZAGA

Nuestro agente para avisos y publicaciones de Francia, es el señor don ALBERTO LORETTE, Director de la Société Mutuelle de Publicité—Rue Caumartin, 61, París.

EL TELÉFONO

Mercedes, Marzo 26 de 1898

Hay que deslindar

PRINCIPIOS Y TENDENCIAS

«País ingobernable».

No solo es bane la frase, sino de falsa aplicación a la actualidad política, por motivo de la ruptura de las negociaciones sobre acuerdo de los partidos.

Alguien ha repetido en la prensa ese dicho de un mandón, buscando acaso paridad de circunstancias históricas, con las de la situación política que el país atraviesa.

Muy distinta es la época presente, por su espíritu y sus hombres, de la época nefasta de la primera dictadura de cuartel; y no hay por qué recordar hechos y aducir argumentos, para poner de relieve la imposibilidad del paralelo.

El partido nacional ha roto con las negociaciones del acuerdo, no porque sea refractario al principio de autoridad, de que por el contrario ha sido siempre y es respetuoso; sino porque anhela y quiere que ese principio de autoridad sea representado en definitiva dignamente, conforme a las leyes, y por el voto libre del pueblo en los comicios.

Entre este anhelo y esta voluntad irreductible, y el hecho de ser ingobernable, hay un abismo.

Por la parte, pues, de responsabilidad moral y política, que pueda haber en la ruptura de un negociado que ya trafa un vicio de viejo sistema, el partido nacional rechaza sencillamente el banal calificativo que mereció a su autor en su tiempo todos los dardos de la sátira y de la ironía, y que reconocido hoy verdadero, siquiera en lo mínimo, importa una aberración manifiesta.

El partido nacional, motejado en todas épocas por sus adversarios, de ser celoso en extremo por el principio autoritario, resultaría ahora con arreglo a ese extraño criterio, rebelde a la disciplina y a la libertad en el orden!

Nada más incierto. Siempre quiso, y ahora quiere con más convicción que nunca, la libertad en el orden, que es la fórmula de toda democracia bien constituida.

Si el país fuera «ingobernable»—lo que no admitimos ni como frase de recurso declamatorio, ni lo sería por las resistencias del partido nacional; porque esas resistencias fueron en muchos años más allá que las de las llamadas clases conservadoras, en sentido de afianzar en la república el imperio de las leyes, la moralidad administrativa, la probidad política y la paz que difunde por doquiera los tesoros de la abundancia.

Los que hablan, pues, de «país ingobernable», pueden apuntar para otro lado.

El partido nacional no hace parte de ese país imaginario. Lo que pide, es equidad; lo que pretende, es una base sólida de reconstrucción; lo que repudia, es todo lo que tiende a perpetuar prácticas de un pasado ominoso.

No consiente que se confundan sus procedimientos con los procedimientos ajenos, ni que se le englobe con parcialidades de distinto credo y tendencias.

Lucha con lentitud, con su programa y su bandera en alto; aboga por sus principios, sin permitir que se cercenen sus derechos, a pretexto de que otros necesitan de su carne y de su sangre para reconstituir su organismo empobrecido; y sólo aspira a la prevalencia de ideas, en terreno que ha sido del exclusivo dominio de pasiones absorbentes y de instintos insanos.

Ingobernables son los que viven siempre de la licencia, y no reconocen otra ley que el capricho, ó el odio, ó la venganza.

El partido nacional no se rige por el capricho, sino por sus leyes; no odia, no se venga, no busca el desagravio por la violencia, la traición ó la sorpresa; confía en sus energías, y avanza pa so á paso, en nombre de los progresos de la razón pública, de la justicia que no usa cintillo de guerra, y del buen derecho que estriba en el respeto del ageno.

Y porque se gobierno por sus leyes, pues leyes y sabias se ha dado, no admite tampoco influencias personales en sus deliberaciones.

De tradición esencialmente civil, civiles son sus altas autoridades. La espada no pesa en la balanza de aquellas deliberaciones.

Sus jefes militares formados al calor de la lucha heroica, solo la desenvainan en las horas de paucha; y pasada esa hora, son simples ciudadanos subordinados al precepto legal y a las decisiones de quienes gobiernan al partido por su opinión libre y sus sufragios.

En esta cuestión delicada del acuerdo, en la que aún no queremos entrar a fondo, se ha echado mano de medios diversos, en obsequio a la unificación de opiniones y de un veredicto favorable al deseo general; pero, no todos esos medios son discretos, ni tienen en cuenta ciertos escrúpulos y susceptibilidades partidarias que conviene dejar illesas.

¿Quiere esto decir que en nuestras filas se susciten é increpen, y puedan ser rehacías a una solución equitativa, razonable y justa?

No. En nuestras filas no está lo «ingobernable».

Ningún partido más gobernable que el partido nacional.

Pero, á una condición: la de que se le dé lo que es suyo, dentro de la posición que ocupa y con arreglo al pacto de Setiembre.

Sólo así se explican las responsabilidades solidarias.

En confirmación de los asertos contenidos en las líneas que preceden, cumplo hacer presente que el directorio del partido nacional, por voto unánime, aprobó ayer en sesión plena la conducta de sus delegados para el acuerdo de los partidos.

Nos place también consignar aquí, las opiniones del general don Aparicio Saravia y coronel don Diego Lamas, favorables en un todo á la actitud asumida por las autoridades del partido en el negociado de la referencia; opiniones decisivas de que instruyen las cartas que van al pie, reproduciendo de la del general Saravia tan solo el párrafo pertinente.

Véanse aquí: Coriolobés, Marzo 17 de 1898.—Señores miembros del directorio del partido nacional.—Presente.

Distinguidos correligionarios:

Además, en respuesta á su nota del 5 del corriente, debo manifestarles que he deseado siempre, como oriental, el reinado del derecho en mi patria; y, como nacionalista, que mi partido alcance en el gobierno la representación que legítimamente le corresponde por el número y la selección de sus elementos.

Convencido de que ese directorio se inspirará siempre, como se inspira hoy, en el patriotismo y en la consecuencia partidaria, aprovecho esta oportunidad para ofrecer á ustedes, con mi amistad sincera, las seguridades de mis humildes servicios de soldado.

APARICIO SARAVIA.
Paso del Molino, Marzo 17 de 1898. — Señor presidente del comité ejecutivo del partido nacional.—Doctor don Carlos A. Berro.

Señor: El secretario del comité de su digna presidencia se ha servido pasarme una invitación en la que se pide mi asistencia á la sesión de esta tarde, en la que se reanuda la discusión sobre el proyectado acuerdo electoral con el partido gobernante.

Como en la anterior reunión he manifestado en una forma que creo clara y preciosa mis ideas respecto al referido acuerdo político, me parece inútil molestiar la atención de ese honorable comité con una repetición de lo que ya he tenido el honor de exponer ante él.

Sin embargo, creo de mi deber significar al señor presidente y por su intermedio al directorio del partido nacional, que, sean cuales fueren las resoluciones finales á que arriben las legítimas autoridades, tienen desde ya mi más completo acatamiento como ciudadano y como soldado, y que la secundaré sin vacilar en cuanto de mí dependa. Puedo asegurar también que el señor general Aparicio Saravia abunda en los mismos sentimientos y propósitos.

Hago votos por que ese honorable directorio se inspire siempre, como lo ha hecho hasta hoy, en los bien enten-

didos intereses de nuestro glorioso partido, que son los de la patria, y me pongo nuevamente y con todo respeto á sus órdenes.

Saludo al señor presidente con mi mayor consideración y particular estima.—DIEGO LAMAS.
(El Nacional)

ACTUALIDAD POLITICA

El acuerdo de los partidos

Conferencia leída por el Dr. Mario L. Gil EN EL CLUB NACIONALISTA
RIVERO JUAN MARU BRICA EL 29 DEL CORRIENTE

(Continuación—véanse los números 1062 y 1063)

Si la lucha electoral obstruyera con verdad la acción del Poder público, que legítimamente se hubiera encaminado á levantar el País del aplastamiento en que se encuentra.—Si se vislumbrara en la acción de aquél, un vasto plan de reformas, en el orden bancario, en la administración y en las demás esferas de actividad económica, que cimentado por una política levantada, exigiera como condición evitar las agitaciones de la luchademocrática que el imperio institucional trae de por sí, quizás nos inclináramos á considerar beneficioso el acuerdo de los partidos.—Pero nada de esto existe: la situación se caracteriza por una pequeñez en los medios y en los fines, que añade se oculta.—La economía en los gastos públicos de 200 ó 300 mil pesos, no levanta el País de su mala situación económica ni nada se hace en su obsequio y el exclusivismo partidista reinante no obliga á los ciudadanos á prestarle la confianza que reclama.—Suprimir pues, la lucha electoral en obsequio pura y simplemente de una situación que sus procedimientos después de más de seis meses no acordan con las esperanzas que en ella se depositaron, sería simplemente renunciar una labor siempre beneficiosa, para asegurar una aventura que si no sale bien podría costar muy amargos días para la Patria.

El acuerdo de los partidos para solucionar el problema electoral, tiene graves inconvenientes y es causa de graves males, que debemos poner de manifiesto.

Constituye por de pronto una negación de la libertad de sufragio,—se sustituye al cumplimiento de la Ley, que á todos garantiza en sus derechos, el estatuto de un contrato privado que la desnaturaliza, y hace hasta imposible el precepto constitucional que dice «que todo ciudadano es miembro de la soberanía de la Nación y como tal tiene voto activo y pasivo».—La autonomía que al ciudadano le reserva así la carta fundamental para ejercer ésta función como miembro de la soberanía, desaparece, obligándolo á la abstención ó á aceptar el acuerdo con el que no simpatiza.

En términos precisos, pues, diríamos que el acuerdo, corrompe el sufragio como institución y como ley, sancionando en este mismo carácter la influencia directriz que trastorna su regular funcionamiento,—no se constituye otra cosa: sea el poder de las autoridades oficiales ó sea el de un grupo de ciudadanos el que sustituya al imperio de la Ley, el de sus voluntades ó acuerdos más ó menos autorizados, el resultado es igual, la libertad de sufragio desaparece, una influencia directriz predomina.

No eran éstas, las tendencias de la revolución de 1897, ni lo fueron tampoco las del golpe de Estado de 10 de Febrero último, en cuanto los elementos sanos de la opinión y los partidos contribuyeron á realizarlo.

Si una y otro, hubieran escrito en sus programas, tales subversiones, seguramente, que ni la primera hubiera tenido el éxito que tuvo, ni el golpe de Estado hubiera conquistado las simpatías que lo sancionaron.

El país, en uno y otro acontecimiento, no ha buscado producir una situación transitoria, sino concluir para siempre, con el régimen de desórdenes políticos y administrativos, para entrar al régimen de orden, de paz y libertad, asegurando el concierto regular de todos los intereses, y de todas las clases de la sociedad, así como la estabilidad y

marcha regular de los poderes públicos» (Palabras del manifiesto citado del Señor Cuevas).

El acuerdo electoral, no consigue esto,—disminuye solo en grado la impureza de las autoridades de origen electivo, prolongando ó constituyendo un nuevo provisorio, desde que sus resultados, no lo son del imperio institucional cuyo regular funcionamiento se suspende.

Detiene así la obra de reparaciones, con tantos sacrificios implantada por el poder de las armas y de la opinión, entrando á beneficiar en estas componentes, con el voto y sanción de los buenos, elementos más de una vez delincuentes quizás, que el imperio del sufragio arroja fuera de sus posiciones usurpadas.

En la situación en que se encuentran los principales partidos, el Colorado y el Nacional, el acuerdo vendría á excluir de su influencia legítima numerosos elementos de ambos en los actos del sufragio, con grave lesión del derecho que les asiste como miembros de la soberanía.

Realizado el pacto entre la fracción colorada que acompaña la actual situación y el Partido nacional, ahogarían sin consideración ninguna el derecho de los colorados distanciados, lo que sería ilegítimo y hasta inconstitucional, desde que nuestra carta fundamental determina, las circunstancias por las que se pierde el derecho del voto,—de otro lado, si como es presumible, el acuerdo desarrollando las tendencias arcaicas, evolucionistas y radicales dentro de nuestro partido, como ya ha sucedido en años anteriores, lo dividiera, los disidentes quedarían también excluidos de su legítima influencia, ya porque la división debilitaría el esfuerzo ya por el peso de las influencias combinadas que entrarían en juego, para hacer triunfar en el terreno de los hechos el pacto del acuerdo que se realizara.

De esta manera, se daría bandera revolucionaria, á los que lesionados en sus derechos por la sustitución del acuerdo, á los beneficiados de la ley, que á nadie excluye, buscarían su desagravio en la acción armada, con éxito ó sin él, pero siempre con todos los males y peligros que provoca.

Por otra parte, si los partidos existen y tienen razón de existir, sino son simples asociaciones inorgánicas, si sus aspiraciones y tendencias definidas los caracterizan y justifican su existencia y actuación independiente, lo lógico es que la lucha se determine por el triunfo de sus aspiraciones, principios ó ideales, con sus elementos más representativos y que sean mayor garantía de los anhelos de la opinión.—Otro proceder constituiría, un desconocimiento y una renuncia de su legitimidad, como centros organizados y de los ideales que encarnan.

En el orden de los intereses privados del Partido Nacional, el acuerdo le sería fatal.

Empezando por falsear el pacto de Setiembre, constituye una renuncia de las ventajas en éste obtenidas, á costa de tantos sacrificios heroicos.

Por razón solo de ello, y por razón también del antagonismo de tendencias evolutivas y radicales, de que ya me he ocupado, estaríamos amenazados á profundas excoisiones que el imperio de la Ley evitaría.

Dejarnos pues, de ser el partido fuerte é influyente, que los sucesos han colocado en tan descolante posición y presentáramos vergonzosa situación incompatible con la propia dignidad que debe conservar.

De esta manera llevaríamos á su seno la desmoralización y el enervamiento,—lo primero, por que se harían palpables la inutilidad de los sacrificios que su bandera provocó y lo último como consecuencia y por el alejamiento de las urnas que la división acarrearía necesariamente.

Desvirtuadas por el acuerdo las tendencias revolucionarias, las tendencias del pacto de Paz, llevaríamos el convencimiento á nuestros conflictivos, de que son inútiles la consecuencia partidaria y el cumplimiento de los deberes que ella impone y de la abnegación que exige, si todo esfuerzo ha de estrellarse en la política de componendas que los esteriliza.

Pero hay algo más aun, digno de la mayor consideración: el acuerdo poni-

endo en peligro, la unión de nuestro Partido, nos acarrearía seguramente el desprestigio de nuestras primeras personalidades civiles y militares.

Conocido y sabido por todos es, como la acción armada de nuestro Partido, cuando más necesaria ha sido, se ha visto imposibilitada por la ausencia de esas personalidades, consideradas providenciales, que un conjunto de factores las levanta, prestigio é impone, que surgen verdaderamente, por fuerza misteriosa de los sucesos.

Aparicio Saravia y Diego Lamas, sin mayores antecedentes, en el Partido, sin grandes servicios y sacrificios en el País, han sido constituidos de esa manera, en los grandes caudillos á cuyo alrededor, los elementos del Partido Nacional se agruparon, entregándoles la bandera de las grandes reivindicaciones que se perseguían en 1897.

Si nuestro partido se dividiera y si nuestros grandes caudillos se embanderaran en cualquiera de sus fracciones, dejarían de caracterizarse como tales personalidades, que aunán todas las voluntades, haciendo el esfuerzo eficaz, para convertirse en personalidades de simple fracción frente á otras, que la lógica de los sucesos levantaría.

Tendríamos un caso análogo al de 1875, que produjo la pérdida del General don Timoteo Aparicio, como primer caudillo entonces de nuestro Partido, por su alianza con los elementos colorados, contra la acción armada de entonces, á la que prestó su concurso nuestra colectividad dividida en una y otra causa.

Para nuestras personalidades civiles la situación sería peor, por el desprestigio que el acuerdo les produciría al romper la unidad del Partido.

Sin olvidarnos ni desconocer, que fué un gran factor revolucionario la activa propaganda de Acevedo Díaz y de la noble juventud Montevideana que desde los Clubs, lo acompañaban en ella, podemos sin embargo decir sin exageración, que la revolución que terminó con el Pacto de Setiembre, no fué ni la inspiración ni la obra de los correligionarios de primera fila de la Capital,—su labor en ella, cuando no fué la de obstruirla privada y públicamente, fué la de producir desalentos al negar los elementos que el Partido Nacional tenía derecho de esperar al lanzar sus huestes al sacrificio.

Terminada, en la forma que terminó la revolución, la labor política actual debería ser como su obra complementaria.

Si en vez de dirigirla nuestros prohombres en este sentido, la desnaturalizan, es indudable que el desprestigio sobreviene, ya se juzgue inhabilidad política, ya tendencias evolucionistas y acomodaticias hoy día, muy condenables;—pero lo cierto es que nuestros primaces perderán la autoridad moral que requiere el ejercicio de la dirección del Partido, para que ésta sea eficaz.

Se ha denunciado en el «Nacional» que en el seno de la Comisión de legislación (del Consejo de Estado) se vienen sosteniendo debates importantes para facilitar un acuerdo decoroso de los partidos sin perjuicio de la Ley.—«Para este acuerdo se parte de un hecho transitorio ó de circunstancias, a cual es el de la preparación del Pacto del Partido dominante, para concurrir á la lucha electoral en igualdad de condiciones con su adversario, hoy por hoy».—(El Nacional núm. 120).

Singular altruismo! singular habilidad política!

El Partido Colorado cuando nos vé fuertes y unidos, tiende á dividirse para triunfar y el Partido Nacional, cuando vé dividido y anarquizado su adversario, consiente en su obsequio, renunciar á su legítimo derecho, provocar se produzcan excoisiones graves en su seno y sustituir una representación mesquina y arbitraria á la que la lucha, en el terreno legal, con todas sus ventajas, podría darnos acercándonos al triunfo de nuestros ideales!

Voy á terminar, señores, y al agradecer vuestra atención, quiero una vez más repetir: el Partido Nacional, ni lesiona el derecho ajeno, ni tiene por qué dejar lesionar el propio; hago votos porque una inspiración patriótica en los adversarios, evite las consecuencias funestas que la lucha, en el terreno de las transacciones, de la coacción y el fraude acarrearía al País, entubándolo nuevamente por tal causa, en los desastres de la acción armada.

He dicho.

TIENDA NUEVA DE ERNESTO GIAMBRUNO

Calle Colon 154, al lado del Casino

¡VERDADERO BARATILLO! ¡TODO ES REALIDAD!

Gran surtido en géneros para vestidos y ropa blanca. Surtido completo en mercería; cintas de seda, puntillas para vestidos, golas, guantes, abanicos y sombrillas.
Puntillas catalanas legítimas.

Gran surtido en artículos para hombres. Camisas, camisetas, cuellos, puños, corbatas, gemelos, pañuelos, escarpines hilo y de algodón, sombreros, bastones; además llamo la atención de la gente trabajadora de la ciudad y campaña sobre el inmenso surtido de ropa hecha y sobre la baratura á que se está vendiendo.

Exposicion permanente en articulos para regalos
Gran Surtido en Perfumerias de las marcas mas acreditadas

PROXIMAMENTE SURTIDO GENERAL
DE INVIERNO

Nuestra constante clientela y el público en general, pueden visitar nuestra casa para convencerse así de que no hay ningún bombo en nuestros ofrecimientos, sino que, por el contrario todo es realidad

TIENDA NUEVA

ALLÍ ESTA EL GRAN BARATILLO

CALLE COLON 154 AL LADO DEL CASINO